

## La convención de la objetividad de la información: entre lo verosímil y la evidencia

CRISTINA SANTAMARINA

(U.C.M)

**Resumen:** La antigua utopía de lograr una objetividad que permitiera tratar a la verdad con independencia del sujeto, de los sujetos, y de las convenciones por ellos realizadas, debe sustituirse por otra más acorde con nuestra época. Ha de ser una que postule no la unicidad de la cosa sino la multiplicidad de los marcos de referencia en la construcción de la objetividad a fin de evitar el empobrecimiento tanto del objeto como del sujeto, de preservar su potencial apertura contra el dominio de esquemas demasiado restringidos por la inercia de un positivismo demasiado superado a estas alturas como para tener que seguir mentándolo. Para pensar la información y reflexionar sobre su grado de verosimilitud, también nosotros deberemos someternos a convenciones y libramos de ellas, y aceptarlas, en la misma medida en que las cuestionamos.

**Abstract:** The ancient utopia that meant to achieve an objectivity in which truth could deal with independtly of the subject, of the subjects and of their conventions, should be substitute for another one more in agreement with our historical times. This new utopia should not postulate the unicity of the thing-in-itself, but the multiplicity of the frameworcks required in the construction of objectivity, so we could avoid the impoverishment of both the object and the subject, preserving at the same time, its potential opening against the inertia of a positivism so discussed already that seem unnecessary to keep on arguing against it.

Como casi siempre es aconsejable comenzar por el principio, será conveniente dar cuenta conceptual de los términos utilizados en este título. Usaré el concepto *convención* en su sentido laxo y general, en tanto cuerpo de reglas que rigen en diferentes casos, comportamientos y funciones culturales tan diversas como el trabajo y el descanso, el duelo y la fiesta, o el espacio y el tiempo. Convenciones son también los códigos de interpretación y de percepción de la realidad que enseñan la profunda interrelación entre los supuestos posibles, formales e informales del saber.

Sólo por intentar esquematizar —ya que la historia y la vida de cada uno de nosotros demuestran la profunda interrelación que existe entre ellos— podemos afirmar que toda convención representacional vincula tres planos entre sí: el plano perceptivo, el representativo y el cognitivo. El movimiento en uno de ellos provoca inmediatamente la conmoción de los otros dos, de manera que no pueden separarse más que con fines analíticos. La movilidad en las convenciones de nuestra cultura, pone de manifiesto que la validez de sus concepciones no remite a ningún *concepto estático de verdad*, sino a una dialéctica operativa entre el movimiento histórico y la tradición cultural como marco

de referencia implícito. Y comienzo aludiendo a la verdad porque sin ninguna duda es el fantasma que recorre y acompaña como ningún otro, al concepto de objetividad.

La cultura, las culturas, entendidas como convenciones últimas e irreductibles, capaces de atender a la transformación de sus propios códigos, implican el postulado siguiente: la desabsolutización de cualquier modo o método de representación, de conocimiento y de percepción, por lo tanto de *información* que pretenda erigirse como único y verdadero, como depositario canónico de la objetividad.

Desde el Renacimiento, y gracias a la incuestionable apertura de una invención revolucionaria como fue la perspectiva, se instaura en Occidente el código que atiende, como nunca antes, al *efecto de realidad*. Quedaba así reinstaurada la aspiración del naturalismo griego: dar valor expresivo a las apariencias. Pero ya no son las apariencias de visibles tangibles, sino las otras, metafóricamente construidas que se enmarcan en el concepto de lo abstracto. La perspectiva se impone así, como una especie de *sintaxis* del saber. Dice Paul Valéry:

*«La sintaxis es, entre otras cosas, el arte de la perspectiva en el pensamiento. Lo principal, lo accidental, lo circunstancial, las relaciones, son ordenadas por ella y se vuelven posibles gracias a ella»<sup>1</sup>.*

Somos habitados culturalmente por un orden que instaura la forma canónica de la semejanza entre el saber y la vida de la misma forma que lo hace entre la representación y su objeto. La semejanza, hija dilecta de la mimesis griega, es la piedra de toque presente en todo el complejo dilema sobre la objetividad, pero la que nos abre a un nuevo concepto conflictivo, moderno donde los haya: la *verosimilitud*. Pero la verosimilitud, lo que parece verdadero, no es un efecto del saber puro en su conflictivo encuentro con la realidad. Por el contrario, es un sistema de construcción que referido a la información pone a la luz, al menos dos grandes verdades operativas de su metódica:

- A) La búsqueda del sentido. El camino prospectivo de la verosimilitud no es una cualidad de las cosas, sino un producto de la actividad humana, atributo antropológico de carácter imperativo y dimensión fatal presente en toda experiencia humana. Motor de las infinitas formas de representación de la cultura.
- B) Los avatares del concepto objetividad en tanto forma particular —y en ningún caso única y en ningún caso espontánea— de representación de la realidad

#### *El cuestionamiento*

La cultura, trabada como una inmensa semiosis perceptiva, no ofrece lo real, sino la ilusión de lo real. Atiende antes a lo convincente que a la transparencia, más a lo que supone que las cosas parecen antes que a lo que son. Y así llegamos al último concepto opaco del título, la evidencia. Lejos de ser lo transparente revelador de las verdades objetivas, las evidencias son la legitimación última del profundo tejido de la cultura. Porque aquello que se presenta como capaz de ser visto por sí mismo, no es más que el encuentro de los dos planos de interconexión con la realidad; lo percibido y lo representado. El primero es un sistema de producción en el que trabajan muchos más aspectos que los fisiológicos. Dice Gombrich<sup>2</sup> que no hay ojo inocente. Con esta breve sentencia consuma la crítica de cualquier forma de naturalización, que pretenda aducir a una supuesta experiencia no culturizada de contacto con la reali-

1 Valéry, Paul, *Cahiers I- Ouvres*, Paris, Gallimard, 1973.

2 Gombrich, E., *Arte e ilusión*, Barcelona, Gustavo Gili, 1979.

dad, a cualquier experiencia que pretenda objetivizar el encuentro entre percepción e interpretación. Por su parte Nelson Goodman apostilla la frase de Gombrich con estos términos:

*«El ojo llega siempre viejo a su objeto, obsesionado por su propio pasado y por viejas y nuevas sugerencias del oído, de la nariz, de la lengua, de los dedos, del corazón, del cerebro... El ojo selecciona, excluye, organiza, discrimina, asocia, clasifica, analiza, construye... Nada se ve desnudamente o desnudo»<sup>3</sup>.*

Desde el plano de la representación y como lógica contrapartida a esta forma de percibir, en la búsqueda de criterios organizadores de la verdad cabe la pregunta ¿es evidente todo lo que percibimos? o la inversa, ¿percibimos todo lo que es evidente? Hoy sabemos por intensos diversos y en algunos casos hasta antiguos trabajos interdisciplinarios que la presencia física de algo, objeto, o situación, pierde protagonismo ante el peso determinante de las convenciones perceptivas que condicionan con factores visualmente ausentes, los esquemas referenciales previos, —desde los aprioris conceptuales estipulados hasta las motivaciones inconscientes inconfesadas o inconfesables— con las que nos acercamos a la realidad. Dicho en otros términos, lo que percibimos como evidente, como obvio, no son más que significaciones y relaciones simbólicas. Baste preguntarse simplemente, si lo percibido en una moneda es un círculo de metal.

Con estas breves explicaciones más de mi intencionalidad que de la reflexión sobre los términos elegidos y propuestos, que nos llevaría como corresponde a una mayor profundización sobre los mismos, propongo un itinerario por tres paisajes diferentes, pero íntimamente relacionados entre sí: las circunstancias históricas, el trabajo de la cultura y la apertura a una nueva concepción de la objetividad. El camino elegido lleva la pretensión y sólo la pretensión de poner de manifiesto que el tema/problema de la objetividad desde la perspectiva ontológica, desde la búsqueda de una definición que trascienda la experiencia, es un estado de excepción en nuestra realidad y que por el contrario, acogido como producto y productor de la sintaxis social, está condenado a ser una intencionalidad, un a posteriori, una imposición moral, una variedad o probabilidad de las formas expresivas tanto de la razón como más aún de las pasiones.

#### *Las circunstancias históricas*

Si en la consideración sobre cualquier fenómeno tiene sentido que nos preguntemos por sus orígenes, o por sus momentos fundacionales, y si es verdad que la aparición de un significante guarda relación íntima con la cristalización de su concepto, podemos decir que el interés o la preocupación por la objetividad, y su carácter verosímil, es aislado y centrado como temática de interés desde la crisis de la modernidad. A partir de la crisis de la ilustración, el pensamiento moderno se instaura sobre un doble eje de perspectivas: en primer lugar, suponer a lo real como un universo de sentido, por el cual todo rasgo intencional o no tiene un significado que lo trasciende, transformándose inevitablemente en signo de algo. En segundo lugar, la consideración que sitúa al lenguaje en la esencia misma del sentido, otorgándole un papel estructural no sólo en la transmisión sino también en la producción del sentido. «La palabra hace pronunciable a la realidad que en sí misma es muda e indiferenciada».

Si hacemos un salto hasta el siglo XX, nos encontramos con una época en que la conciencia de la historia irrumpe en la vida cotidiana. La cultura ha dejado de ser definitivamente pasividad o exte-

3 Goodman, N., *Lenguajes del arte*, Indiana, Hackett Publishing, 1986.

rriorización ingenua en sus productos y pasa a ser ella misma objeto de reflexión. Ya no nos enfrentamos con objetos culturales opacos, sino con espejos, símbolos conscientes de nosotros mismos. Las lecturas metalingüísticas trascienden el marco de las especulaciones teóricas y se han transformado en la forma dominante misma de la cultura de nuestra época, en forma de reflexión inevitable y masiva sobre su propio sentido. Pero al mismo tiempo, y como la otra cara de la moneda de este mismo movimiento, vivimos una época en la que la conciencia migra hacia lo imaginario fantástico. Renacen las escatologías, la ciencia ficción como forma de conocimiento, el futurismo y otras formas de imaginarismo *suigeneris*.

Los monstruos, reservados hasta hace poco tiempo a los niños y los poetas, invaden cada vez más las conciencias lúcidas y son descubiertos incluso dentro de las bibliotecas. Ya no es inverosímil creer en los fantasmas, ni pensar en el fin del mundo, pues la paranoia se transforma de enfermedad del espíritu en forma de realismo. En el desarrollo de este proceso, la conciencia masiva está sometida a presiones difíciles de resistir y se ha generado un nuevo convencionalismo: considerar que toda mirada sobre la realidad es posible porque la apertura de sentidos sobre la vida es la cualidad específica de nuestro tiempo. De la misma forma que la información como riqueza de conocimiento de la realidad no se halla en la estancia sino en la mudanza de las miradas —expresado metafóricamente— y sobre todo la mudanza sobre lo mirado. Nada está quieto porque nada es verdad y todas las objetividades son recibidas con serena sospecha de incertidumbre y con conciencia de fugacidad. Las verdades habitan, en todo caso, en la utopía, y el sentido de los acontecimientos que nos separan de ella están siempre en manos de otros cuyo poder cada vez más está en la información aunque esta sea cambiante, reversible y nunca certera.

Dice M. Serres: «*Nuestras conquistas van más rápido que nuestras intenciones deliberadas. Basta observar la aceleración de crucero de nuestras avanzadas técnicas: desde el anuncio de que una u otra es posible, allí mismo es realizada en alguna parte, siguiendo la inclinación vertical de la concurrencia, el mimetismo o el interés es rápidamente considerado como deseable e incluso como necesario. El tejido de nuestra historia se hace hoy con estas recuperaciones inmediatas: de lo posible a lo realizable, de lo contingente a lo necesario. Seguimos el destino ciego de las ciencias cuyas técnicas inventan lo posible que se muda inmediatamente en obligatorio. La información nos desborda, lo que hoy es novedad impactante, mañana por la mañana ha sido olvidado y reemplazado por otras novedades. Y al mismo tiempo, la vida se ha vuelto una paradoja irresponsable. No depende ya más de nosotros el que todo depende de nosotros: ese es el principio o fundamento de la nueva sabiduría. Hemos resuelto el problema cartesiano: ¿cómo dominar el mundo? Sabremos resolver el que sigue: ¿cómo dominar nuestra dominación?*»<sup>4</sup>.

Frente a esta situación de profunda arbitrariedad en la relación de significación, la convención más desarrollada en nuestra cultura actual es la que legitima la construcción de propuestas prácticas para defenderse de la inestabilidad del sentido, de la devaluación acelerada de todas las verdades, de la debilidad simbólica de toda objetividad. Después de décadas de crítica constructiva del presente y confianza venturosa en el futuro, nuestra cultura ha ingresado en una etapa de neo historicismo. Se ha institucionalizado la convivencia consciente con formas de identidad complejas y que engendran profundas paradojas de sentido a la espera sarcástica de ver el momento de la desidentidad.

La cultura actual, ese gran código de códigos, esa gran convención que articula la existencia de convenciones diversas, propone como objetivas no las convicciones de un proyecto sino las persuasiones de un sistema de seducciones que acaban convirtiéndose en modelos verosímiles de sí mismas.

4 Serres, Michel, *Eclaircissements*, Paris, Francois Bourin, 1992.

En un mundo mediático, en el que se ha aprendido a practicar la libertad sin límites de la forma, lo objetivo no consiste en exhibir artificios desmistificadores, sino en explotar la fuerza expresiva de sus lenguajes, en tanto instrumentos de un poder sin rostro y sin más destino que intentar perpetuarse.

### *El trabajo de la cultura*

Todo movimiento de la historia implica un trabajo de la cultura y la concurrencia de infinitos personajes y situaciones, trabajando por ello. Una cultura engendra una convención si es capaz de descubrir las posibilidades de sistematizar una compleja red de significantes principales y secundarios que le otorguen sentido, es decir, que produzcan efecto de verdad objetiva. La posibilidad de encontrar representaciones verosímiles es el punto de contacto en el que se encuentran lo codificado y lo supuestamente espontáneo. A lo evidente natural se le opone lo evidente significado culturalmente, lo que la propia cultura reconocerá y legitimará como válido. La construcción de una representación (visual o conceptual) que pretenda ser evidente supone una operación previa: la descomposición de un universo continuo en elementos diferenciados e identificables. Se trata de una operación conceptual y cultural. Esta desconstrucción permite organizar la representación como verosimilitud metafóricamente expresada y metafóricamente comprendida. Dice Gombrich respecto a la mimesis, matriz de códigos en la cultura de Occidente:

*«Nos engañamos sobre el carácter de la técnica de la mimesis si hablamos de imitación de la naturaleza. A la naturaleza no se la puede imitar o transcribir sin primero despezarla y luego recomponerla»<sup>5</sup>.*

Es decir, que cualquier espacio de información es también, y antes, un espacio conceptualizado; que implica a un mismo tiempo a la percepción, al conocimiento y a la interpretación. Cada cultura organiza el mundo y sus históricas formas de objetividad. A través de su peculiar manera de percibir e interpretar rearticula la convención producida, actualizando así, esa labor gigantesca. No hay viabilidad para la información, repudiando las convenciones de la misma forma que no hay objetividad fuera de los cánones de la cultura que va a condicionar de forma peculiar el sentido histórico, por lo tanto cambiante y no definitivo del concepto objetividad. Hoy sabemos que los hombres que habitan culturas diferentes no sólo son hablados por lenguajes diferentes sino que también habitan convenciones distintas.

Por ello y a modo de síntesis circular que pretende encontrarse nuevamente con el título que he propuesto, permítaseme algunas consignas para la reflexión:

#### **A) La cultura crea espacios de semejanza**

Toda convención implica más que construir un texto, crear un contexto dentro del cual poder contener y dar sentido a los campos de connotación que sugiere la misma información que actualiza la cultura. Los efectos de circulación y expansión de las convenciones, pone de manifiesto el alcance de sus efectos. No es que la convención perceptiva se acerque a la realidad, sino que no hay sentido de realidad posible fuera de las convenciones culturales.

---

5 Gombrich, *Arte e ilusión*, p. 311.

**B) El mecanismo de producción de información desenmascara la verdadera naturaleza de la mimesis**

La información, en toda cultura, pretende siempre la recreación expresiva, plástica, de lo que se considera atravesado por algún principio de objetividad. Preguntarse por el parecido, es decir por la mimesis entre lo informado y lo informante es someter a examen los criterios que sostienen la concepción de semejanza. Para poder responder, es preciso admitir que la semejanza está presente, principalmente en las dimensiones no evidentes a priori y que actúan con anterioridad a la representación. Son, justamente, los supuestos valorativos que organizan la información los que dan cuenta del proceso de producción y también de interpretación receptiva. La mimesis es tal, sólo si aludimos a ella como el resultado entre lo que se sabe, lo que se interpreta y lo que se pretende transmitir.

**C) La eficacia de la información: más que partir de la objetividad, construirla**

Es el mismo concepto de información el que ha devenido una forma cuasi sinónima de objetividad. En el amplio y complejo entramado de géneros, como por ejemplo la opinión, la crítica, el comentario, la glosa, etc. la información misma deviene concepto de objetividad: «esto, tal o cual, es una información». De igual manera que el dato, aparece como el epifenómeno por excelencia de lo dado, lo no construido cuando en realidad, cualquier dato para inscribirse en un contexto de sentido, habrá de ser el resultado de una producción cultural. Convenciones más amplias o más restringidas serán consideradas en tanto códigos de fortaleza paradigmática no estable, capaces de transformarse con el devenir histórico.

**D) El código de la información: un universo de referencia previo a la verosimilitud, inductor de sentidos**

Sobre la verosimilitud recae uno de los postulados fundamentales de la construcción de los signos: no existe si no alude a alguna forma de convención de la misma manera que no existe mensaje sin código. El mecanismo de codificación, es condición de producción de mensajes, como lo verosímil lo es a las propuestas culturales que avalan la información

**E) La ilusión que triunfa incluso sobre la conciencia de la ilusión**

Nuestra época actual señala una nueva estrategia en la construcción de convenciones de la objetividad: de la producción de valores objetivos para la información se ha pasado a la construcción de informaciones para fortalecer la idea de objetividad, de la misma forma que de la producción de valores para el mercado se ha pasado a la producción de mercados para los valores. La evidencia, incluso la conciencia de estas circunstancias, no parece restarle eficacia al mecanismo.

**F) La objetividad como estrategia de persuasión**

Para hablar de objetividad es preciso decidir antes que se entiende por objetivo. Lo obvio no quita lo complejo. El diccionario propone que es aquello que existe fuera del sujeto que lo conoce.

Allí está el problema. Esta postura resultaría ingenua si no fuera porque rige como estrategia de persuasión antes que como lógica instrumental del conocer. Porque de lo contrario, la información no hubiera alcanzado las cotas de importancia y de valor (sobre todo mercantil) que ha logrado en nuestra cultura. En la búsqueda de informaciones objetivas la fotografía significa, desde finales del siglo XIX, la culminación de una vieja tradición occidental: la búsqueda y presentación de aquellos signos icónicos capaces de construir la ilusión de la apariencia con que las cosas se nos presentan. En su límite máximo, como señala Merleau Ponty, la información, o mejor aún, la representación debe alcanzar a la cosa misma: «...*quiere ser tan convincente como las cosas y pretende alcanzarnos como ellas, imponiendo a nuestros sentidos y comprensiones un espectáculo irrecusable*»<sup>6</sup>. La imagen fotográfica (más aún en el contexto directo de un soporte informativo, sea cual fuere), es la culminación máxima de esta ilusión. Pocas cosas con la fuerza persuasiva de la imagen fotográfica para generar la persuasión de la objetividad. Sin embargo el problema de la objetividad excede el poder de la cámara (o de la técnica) en el sentido de que captar una semejanza supone algo más que el logro de un mero duplicado. Por eso hay que acudir a otras fuentes ajenas a la capacidad reproductiva técnica para comprender la posible objetividad de la imagen. Nelson Goodman señala, con la ironía que le caracteriza que nada hay mejor que una cámara para hacer de una montaña una topinera. Difícilmente podamos acceder a las cosas sin pasar por nosotros mismos, por nuestras complejidades comprensivas, perceptivas, interpretativas e intencionales.

### Conclusiones

Difícil será salir de este tema sin aludir siquiera a lo imaginario. Las antiguas certezas respecto a la naturaleza de la percepción y de la representación se convierten, hoy, en interrogantes. Al cuestionar las convenciones de la información y la objetividad y su relación con lo verdadero, somos nosotros mismos los cuestionados y también lo es la «realidad» con que supuestamente tratamos y sobre la que creemos trabajar...

La evidencia (de *videre:ver*), ya no salta a la vista. Ahora lo evidente no es lo que mejor se ve, sino aquello para lo que cada cultura está mejor dispuesta. Por lo que a mayor condicionamiento de las mismas convenciones construidas, mayor evidencia. Tales condicionantes, culturales, históricos, personales, no sólo afectan la supuesta objetividad de la información, sino también a la misma verosimilitud, a la eficacia de lo representado y a la capacidad de percibir. Por tanto, al sujeto mismo.

En síntesis toda lectura crítica que conmueva el concepto de lo objetivo afecta a nuestras formas de concebir y conceptualizar la realidad. Examinar los discursos, ya sea de las ideas, las imágenes o las palabras, implica un examen de los parámetros que enmarcan la verdad, en tanto referente irreductible de la objetividad. Pero más aún, preguntarnos por lo objetivo supone hacerlo también por lo «no objetivo» que fuera de las categorías morales, implica a lo imaginario y su relación con la realidad. La dimensión imaginaria, tradicionalmente lo que no es, habita en medio de lo que es. Lo imaginario no es sólo un productor del arte, del sueño o de la locura sino también un productor de la realidad socialmente instituido en tanto define, también él, el campo de las convenciones de lo real.

Por eso dice Michel Duffrenne:

---

6 Merleau Ponty, *El lenguaje indirecto y las voces del silencio*, Paris, Sevil, 1967.

*«...Lo imaginario actúa también en el rechazo y en la represión de lo imaginario, en el cura que quema a la bruja, en el reaccionario que denuncia al izquierdista... aunque no se trate del mismo imaginario que abre, sino de un imaginario que bloquea»<sup>7</sup>.*

La antigua utopía de lograr una objetividad que permitiera tratar a la verdad con independencia del sujeto, de los sujetos, y de las convenciones por ellos realizadas, debe sustituirse por otra más acorde con nuestra época. Ha de ser una que postule no la unicidad de la cosa sino la multiplicidad de los marcos de referencia en la construcción de la objetividad a fin de evitar el empobrecimiento tanto del objeto como del sujeto, de preservar su potencial apertura contra el dominio de esquemas demasiado restringidos por la inercia de un positivismo demasiado superado a estas alturas como para tener que seguir mentándolo. Para pensar la información y reflexionar sobre su grado de verosimilitud, también nosotros deberemos someternos a convenciones y librarnos de ellas, aceptarlas en la misma medida en que las cuestionamos. Para finalizar quiero regresar, una vez más a Goodman, maestro que abre a diferentes preguntas, más que a muchas respuestas: *«El objeto que tengo delante de mí es un hombre, un enjambre de átomos, un complejo de células, un violinista, un amigo, un loco y mucho más»<sup>8</sup>.*

---

7 Duffrenne, Michel, *Estética y filosofía*, Madrid, Tecnos, 1983.

8 Goodman N., *Lenguajes del arte*, Indianapolis, 1976.